

EMBELESO

Isabel Pavón

Me abrigo y salgo al balcón para observar la noche. La calle está desierta y el aire húmedo. El aroma de los troncos de olivos quemados en la chimenea impregna el aire. Todo está mudo. Las luces de las casas vecinas de apagaron hace rato. Parece que el ser humano se ha sumergido en sus sueños deseados. Respiro profundo y esa paz que contemplo se me instala dentro llenando mis huecos. La oscuridad permite que brillen las estrellas que encajan a la perfección en el silencio del firmamento.

Algún murciélago cruza el aire, revolotea despistado junto a la triste farola del final de la calle. Un gato solitario maúlla con tristeza mientras pasea pidiendo que le quieran. Esta negrura quieta es encantadora, me embelesa. La noche parece una foto que ensambla los objetos tintados en sepia y negro.

En pocas horas cambiará el paisaje. Saldrá el sol y esta visión desaparecerá por completo para dar paso a la viveza de múltiples colores.

Mientras miro a las estrellas ahora, la luna me acecha celosa y callada, como si fuese un centinela furioso que aguarda paciente que pasen las horas de vigilia para volver a desaparecer hasta la próxima guardia.

Hace frío. Aumenta la escarcha y se humedece el asfalto. Mis huesos se hielan. Regresa el gato y como si detectase mi posición aquí arriba, me mira, y su maullido aumenta con tal fiereza que me asusta. Sigue solo. Tan solo como la una. Tan solo como yo estoy sola.

¡Qué larga se hace la espera cuando se busca el amor y no se encuentra!